

la Iglesia, estaba éste en vísperas de declararse en quiebra!

Sin tener en cuenta esos bienes, las principales rentas normales del gobierno provenían entonces de las aduanas marítimas y fronterizas, y esas estaban afectadas al pago de las cantidades estipuladas en las convenciones extranjeras y de los empréstitos que Juárez había contraído durante su permanencia en Veracruz; las del papel sellado, correos y otras las absorbían casi en su totalidad los Estados, que no estaban aún bien organizados; y por último, los bienes del clero habían desaparecido casi por completo en manos de unos cuantos especuladores.

"Las concesiones hechas en Veracruz, decía el Ministro, á los denunciadores, consumaron muchos de sus negocios de un modo irrevocable y por cientos de miles de pesos: de suerte que, *sin tener percepciones el tesoro*, ha reportado el ministerio el odio de las disposiciones que ni dictó, ni estaba en su posibilidad vencer

"El partido vencido esperaba en el reglamento un pretexto para falsear la revolución, y en el ministro un cómplice que alucinado por una vana popularidad, vendería en el día del triunfo esa misma revolución que lo elevó al poder. Los vencedores, con muy honrosas excepciones, querían que se declarase botín de guerra esa riqueza nacional, y que el ministro, á título de hombre de partido, disimulara el saqueo é hiciera dádivas de

esos cuantiosos bienes como de una propiedad particular.

"El tenedor que compra al clero, el inquilino, el adjudicatario, el denunciante, todos vinieron con derechos más ó menos perfectos á reclamar al ministerio ese interés en que todos tenían puestas sus miras y sus esperanzas. En pie la revolución, más y más elevado el presupuesto militar por la presencia de las tropas que vinieron de toda la República, y sin otro recurso que la desamortización, se trató de aprovechar cuanto se presentaba para acudir á necesidades tan ineludibles, y se admitieron redenciones de bienes de los Estados, como los Estados lo habían hecho de intereses correspondientes al Gobierno, porque no por una cuestión de liquidación se había de dejar perecer la causa y porque no era posible otra combinación alguna que ofreciera menores inconvenientes.....

"Sin contar con los compromisos internacionales, atendiendo sólo al pronto pago de la deuda sagrada de Laguna Seca, á los gastos militares y á la subsistencia de las monjas y el culto, el deficiente mensual es de cerca de cuatrocientos mil pesos "

Tal era la precaria situación del Gobierno liberal á principios de 1861, cuando llevaba unos tres meses de haberse apoderado de los cuantiosos bienes de la Iglesia.

II

Si la situación del país no era de lo más hala-

gadora como hemos visto, las relaciones con las naciones extranjeras tampoco eran de lo más cordiales y no dejaban de causar serias inquietudes al Gobierno del país.

Mr. Roberto W. Mac-Lene, después de haber negociado el famoso tratado que lleva su nombre, había vuelto á los Estados Unidos tanto para trabajar en el sentido de que el Senado lo ratificase, como para tomar parte en las elecciones presidenciales que se presentaban muy reñidas á causa de la preponderancia que habían adquirido los republicanos y de la idea que abigaban de abolir la esclavitud en aquel país. Fué enviado en su lugar Mr. Weller, que presentó sus credenciales á Don Benito Juárez en uno de los últimos días de Enero de 1861. Con los Estados Unidos no había grandes negocios pendientes y las reclamaciones de ciudadanos americanos estaban tramitándose ó relegadas al olvido en tanto que se consolidaba el gobierno juarista tan eficazmente ayudado en Veracruz y Antón Lizardo por el presidente Buchanan. Además, tenían los Estados Unidos por entonces demasiado que hacer en su casa para ocuparse mucho de asuntos ajenos. Mr. Weller permaneció poco tiempo en su puesto, pues habiendo tomado posesión del gobierno de aquel país, el 4 de Marzo, el Presidente Lincoln, retiró á ese Ministro, enviando en su lugar á Mr. Thomas Corwin que en realidad limitó por entonces su misión á procurar evitar que los Estados del Sur que acababan de sublevarse con-

tra el Norte, encontrasen en México los auxilios y recursos que dada la vecindad con ellos podían obtener. (1)

Inglaterra, Francia y España habían estacionado sus escuadras casi de una manera permanente junto á la isla de Sacrificios, frente á Veracruz; y con aquellas naciones, sobre todo, con la primera y la última, había cuestiones importantes y graves dificultades que el gobierno de Don Benito Juárez tenía que resolver si no quería verse envuelto en mayores complicaciones, y aun en una guerra que la situación de los Estados Unidos hacia más posible aún.

La Gran Bretaña estaba profundamente disgustada por la ocupación que hizo el General Echegaray (Don Ignacio), de la *conducta* de Laguna Seca por orden de Doblado y con aprobación de Don Santos Degollado, General en jefe del ejército juarista. De la cantidad total que llevaba la *conducta*, correspondían cuatrocientos mil pesos á súbditos ingleses, y aunque es cierto que el vice-cónsul inglés Rayned H. Alexander, consiguió en Lagos que se devolviese esa suma

(1) Uno de los negocios que trajo Mr. Weller y en el que siguió trabajando su sucesor, sin resultado, fué el de negociar un tratado que tuviese por objeto rectificar la frontera de México en beneficio de los Estados Unidos; también Mr. Corwin trabajó porque se permitiese á las tropas de esta nación el paso por territorio mexicano para poder combatir con mejor éxito á los confederados. Con motivo de estos manejos, Don Fernando Ramírez en los apuntes ó "Memorias para servir á la historia del Segundo Imperio Mexicano," inéditas hasta ha e poco, (Marzo de 1904,) trata de una manera muy desfavorable á Don Matías Romero, que estaba encargado de los negocios de México en Washington.

que al fin se repartió á prorata, no por eso fué menor el resentimiento del Plenipotenciario inglés Mr. George Mathews. A este motivo de disgusto del aludido funcionario se agregó el menos fundado de haber visto rechazada por Juárez su propuesta de mediación para lograr la reconciliación de los dos partidos beligerantes que destruían el país.

A mediados de Octubre de 1860, Mr. Mathews después de una discusión bastante viva y prolongada que desde el mes anterior había tenido con Don Teodosio Lares, Ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete de Miramón, cortó las relaciones diplomáticas con el gobierno conservador, alegando las órdenes de su gobierno para ello y se retiró á Jalapa, con todo el personal de la Legación, á esperar los acontecimientos. Un mes después de esto, «currió un deplorable suceso que acabó de exasperar al diplomático inglés. No teniendo recursos Miramón para sostener la desesperada situación en que se encontraba ni para levantar un ejército que fuese al Interior á batir á González Ortega, decidió apoderarse de los fondos que por causa de réditos de la deuda inglesa, se pagaban á los tenedores de bonos y cuyos réditos ya estaban depositados en la casa del agente de los tenedores, Don Carlos Whitehead en la calle de Capuchinas. Para paliar el despojo alegaba Miramón, en la comunicación que dirigió al agente, que no estando aún entregadas de un modo definitivo las cantidades, corrían riesgo

de perderse en una perturbación del orden, riesgo que era inminente si no se pagaban los haberes de la guarnición; que como de momento no podía recaudarse lo suficiente para ese pago, se advertía que á reserva de reintegrarla, sólo tomaría la suma estrictamente necesaria para los haberes; como Whitehead se negase á entregar un solo peso, el General Márquez, cuartel maestro, en virtud de órdenes superiores, le hizo saber que iba el Coronel Antonio Jáuregui á ejecutar el mandato, como en efecto lo hizo, rompiendo los sellos de la Legación y extrayendo de la caja de ella seiscientos mil duros.

El suceso, como era natural, causó bastante escándalo, y aunque Mr. Mathews en una virulenta y ofensiva, para Miramón, nota, que dirigió al agente de los tenedores de bonos, le ordenó que exigiera la devolución del dinero en el término de cuarenta y ocho horas, ni se tomó en cuenta esa nota ni el asunto tuvo por entonces resultados mayores para la Nación, debido á la guerra civil que en esos días estaba en su mayor furor y á que cuarenta días después cayó el gobierno de Miramón. Sirvió, no obstante, para que Inglaterra se mostrase más hostil que antes hacia México y para que cuando este general se refugió, en Enero de 1861, en el buque de guerra francés «*Mercure*,» el marino inglés Aldham, exigiese en vano que fuera entregado á las autoridades de Veracruz para que lo juzgasen. Por la misma cau-

sa protestó el mencionado capitán (1) contra el indulto de Don Isidro Díaz; y el Ministro Mathews cuando supo la aprehensión de ese señor pasó una nota á Ocampo, vidiendo que aquél fuera *ejemplarmente* castigado y aconsejaba al gobierno de Juárez que dictara providencias terroristas contra los conservadores.

Algunos meses después, Mr. Mathews, que había sido partidario de Juárez, escribía (12 de Mayo) al Ministro de Estado de Gran Bretaña: «Los recursos del Gobierno, proviniendo de adelantos hechos por los particulares ó de bonos emitidos por sumas de consideración pagaderos al fin de la guerra, y de la venta actual de una gran parte de los bienes de la Iglesia, á veinticinco, veinte y hasta quince por ciento del valor que se les supone. Por los antecedentes detalles comprenderá V. S. á primera vista, la situación precaria de México, y de que son inevitables *su desmembración* y la bancarota nacional, *si no hay alguna intervención extranjera.*» Con esta convicción partió del país y con la misma llegó el nuevo Ministro, Don Carlos Wyke, que presentó sus credenciales á Don Benito Juárez, en Mayo de ese año. Este diplomático, no obstante esa con-

(1) Los motivos de disgusto de Inglaterra se aumentaron así como los de este capitán para con México, á causa de que la diligencia en que Aldham caminaba para Veracruz, fué asaltada por unos bandoleros el 12 de Marzo, á poca distancia de Córdoba. Aldham, dos oficiales suyos y un marinero, se defendieron y consiguieron no ser robados, pero el capitán y una señora Maison salieron heridos en las piernas, muriendo la señora á los pocos días.

vicción, también abrigaba simpatías por el gobierno liberal, como lo demostró meses después en las conferencias de Orizaba y en la ruptura de la alianza tripartita.

Con Francia había, asimismo, algunas dificultades que parecían allanables en un principio; pero á medida que fué transcurriendo el año de 1861, surgieron otras que al fin llegaron á revestir suma importancia.

También los comerciantes franceses habían sufrido perjuicios con la ocupación de la conducta de Laguna Seca, y sus cónsules no quedaron muy contentos con el prorrateo de los cuatrocientos mil pesos que se devolvieron al comercio ni con la consignación que hizo Juárez, para pagar lo restante, el producto de la venta de los conventos no vendidos hasta entonces.

El Ministro francés, conde Dubois de Saligny, de triste memoria, llegó á México el 12 de Diciembre de 1860, y aunque no tuvo tiempo de presentar sus credenciales á Miramón, acompañó al Embajador español á la conferencia que celebraron con González Ortega en Tepeji del Río, el Embajador, Saligny y los generales Ayestarán y Berriozábal, para tratar de la capitulación de la capital. Diremos, de paso, aunque el suceso no sea pertinente á nuestro asunto, que nada práctico se arregló en esa conferencia, pues cuando ya se iban á redactar las bases de la capitulación, entraron á la sala donde se celebraba, el secretario de González Ortega y los generales y jefes,

Alatorre (Don Francisco), Don José Justo Alvarez, Régules, Valle, Zaragoza y otros varios, é increparon al general vencedor, diciéndole que conforme á las órdenes de Veracruz no podía entrar en tratos con los reaccionarios, y lo amenazaron con destituirlo del mando: González Ortega cedió ante estas amenazas y nada se arregló.

Dubois de Saligny regresó á México, y la noche del 24 de Diciembre, que entraron los primeros cuerpos liberales, enarboló el pabellón francés en la casa del Ministro Miramón. Muñoz Ledo, situada en la calle de Vergara, junto al Teatro Nacional. Permaneció algunos meses en expectativa de los sucesos y en espera de las instrucciones de su gobierno, aunque no por eso dejó de favorecer secretamente á los conservadores, como lo comprueba el hecho de haber hallado Miramón asilo á bordo de un buque francés. También trató de impedir que el edificio de las Hermanas de la Caridad fuera cateado, alegando que aquella corporación se hallaba bajo la protección directa del Emperador de los franceses. En la comunicación que al efecto dirigió (17 de Febrero) al Ministro de Relaciones, Zarco, usaba de un lenguaje sumamente duro y aun insultante como en otra nota que sobre el mismo objeto le dirigió el 11 de Marzo; Zarco cedió y dió algunas explicaciones.

Saligny para ser recibido impuso ciertas condiciones, que no dice el Sr. Ramírez cuáles fueron, y después de varias negociaciones que duraron

desde el mes de Enero, al fin presentó sus credenciales á Juárez en audiencia solemne el 16 de Marzo, no habiéndolo hecho el día anterior, como estaba arreglado, por ser viernes, día que los franceses, supersticiosos, tienen por nefasto. Desde luego, el gobierno empezó á tratar por conducto del nuevo ministro, de reanudar las relaciones diplomáticas con España, que habiendo quedado rotas con la expulsión del Embajador Pacheco, hacían amenazadora la situación y orillaban al país á un conflicto armado con España, que estaba entonces en un período pequeño de vigor y energía.

Pero el más notable de los actos del diplomático francés, fué su ligereza al afirmar á muchos de sus nacionales que los bonos de Jecker habían sido reconocidos por el gobierno liberal y serían pagados á su tiempo. Nada era menos cierto que esto, y sin embargo, los acreedores se dieron por satisfechos. Ese asunto de los bonos de Jecker tuvo muchas peripecias y se enlazó con los acontecimientos que determinaron la Intervención; dar una idea, aunque ligera, de ese asunto, nos apartaría mucho de nuestro plan y objeto.

Con España las cuestiones pendientes eran añejas y la poca firmeza de la diplomacia mexicana, afectada por el continuo cambio de Ministros y de Gobiernos, las había hecho enojosas y hasta graves; á reserva de ocuparnos especialmente de ellas en otra ocasión, diremos tan sólo que para arreglarlas, el Gobierno de Miramón dió instrucciones

á su representante en París, General Don Juan Nepomuceno Almonte; en virtud de ellas, este diplomático firmó en la capital de Francia el 26 de Septiembre de 1859, con Don Alejandro Mon, comisionado nombrado al efecto por el Gobierno de la reina Doña Isabel II, el tratado conocido con el nombre de Mon-Almonte. En virtud de él, el General Almonte fué recibido en la Corte de España en Marzo de 1860, y en Mayo llegó á México el Embajador español D. Joaquín Francisco Pacheco, que presentó sus credenciales á Miramón. Juárez declaró traidores á éste y á Almonte, y se negó á reconocer el tratado, con lo que quedaron en pie nuevamente las dificultades con España y se agravó la situación á causa de la expulsión del Embajador. La tirantez de ese estado de cosas no se suavizó con la nota que en 21 de Febrero (1) dirigió el Ministro de Relaciones, Sr. Zarco, al gobierno de España, explicando las causas de esa expulsión.

En el Senado español, donde se trató del caso del Plenipotenciario Pacheco, el Ministro de Estado de aquella nación, Sr. Calderón Collantes, es

(1) En la obra "México á través de los siglos," tomo 5º, pág. 452, se dice que esa nota fué enviada el 21 de Enero. Esta fecha está evidentemente equivocada, pues en ese día tomó posesión de la cartera de Relaciones el Sr. Zarco y no es creíble que desde luego se ocupase de un asunto delicado que necesitaba meditarse y cuyos antecedentes desconocía. Además, en la nota se habla de la salida del país del Sr. Pacheco como de un hecho pasado y el 21 de Enero aun permanecía el Embajador en Veracruz, de donde se embarcó para la Habana hasta el 28. Por estas razones hemos señalado la fecha del texto á la no. a.

cierto que trató de quitar á la expulsión mucho de la gravedad que tenía y aun dió en parte la razón al gobierno juarista; pero esto más bien se debió á que ya existían negociaciones entre Francia, Inglaterra y España para ocuparse de los asuntos de México, y la tercera no quiso adelantarse á esos acuerdos ni obrar aisladamente.

Que al gobierno de Juárez le preocupaban los asuntos de España más de lo que él mismo hubiera querido, lo comprueba el hecho de que en 27 de Abril dirigió dos notas al ministro francés Saligny, bajo cuya protección habían quedado los súbditos españoles, en las que se le daba cuenta de la de 21 de Febrero y se le participaba que D. Juan Antonio de la Fuente, que residía en la corte de Napoleón III, había sido investido con el carácter de Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca del gobierno de Doña Isabel II. El Sr. de la Fuente que por entonces fué tratado muy duramente por Mr. Thouvenel y casi despedido, menos quiso trasladarse á Madrid donde indudablemente sufriría un nuevo desaire, y no llegó á presentar sus credenciales á la reina Doña Isabel. Por tanto, la cuestión española quedó en pie á consecuencia de ella y de la conven- ción de Londres, España fué la primera nación que ocupó con sus tropas á Veracruz el 15 de Diciembre de ese año de 1861.

Con las demás naciones de Europa y América México no tenía cuestiones ó las existentes eran de poca monta: el representante de Prusia, Mr.

Wagner, no tenía ninguna reclamación que hacer por fortuna y no se manifestaba hostil al Gobierno; sólo algunos meses después tuvo una discusión con el ministro mexicano de Relaciones por causa de un supuesto atentado contra la Legación de Francia; pero esa discusión en nada afectó las relaciones diplomáticas con Prusia. Con Guatemala no había asunto pendiente y la expulsión del Sr. del Barrio no dió motivo para ninguna cuestión desagradable. Aunque el Sr. Pastor, enviado de la República del Ecuador, fué también expulsado del país, luego se revocó ese orden, y el diplomático permaneció algún tiempo más todavía, en México; sin embargo, el Ecuador se resintió tanto de ese desaire hecho á su representante, que, como ya dijimos, hasta después de cuarenta años transcurridos de entonces acá, ha vuelto á enviar á México un Ministro diplomático.

Los mexicanos que tenían alguna misión en el extranjero, principalmente en Europa, fueron destituidos, como el Gral. Almonte (que había sido declarado traidor por Juárez), el cónsul Murpby y los Sres. D. José Hidalgo, D. José Ignacio Iglesias y algún otro.

El Sr. Fuente, que había ido á Inglaterra y á Francia á procurar se dieran esperas á México, nada pudo obtener, pues además de que el resentimiento de aquéllas contra ésta era grande, la proposición de los Estados Unidos para pagar la deuda de México, con la condición de que queda-

ran hipotecados los Estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua y la Baja California, acabaron de precipitar los acontecimientos é hicieron muy difícil que México fuese tratado con benevolencia por las potencias extranjeras, que al fin se resolvieron á cobrar con las armas en la mano lo que se les debía y á intervenir en los asuntos de un país sumido en la más espantosa anarquía, y donde no había garantías ni para los nacionales ni para los extranjeros.

III

El gabinete Zarco no duró ni podía durar mucho tiempo en el poder: no tenía dinero ni crédito, no había podido vencer la revolución ni arreglar nada; así es que, obedeciendo los deseos de la opinión pública y de la prensa, dejaron el gobierno en los primeros días de Abril, los ministros de Hacienda y Guerra, que fueron reemplazados respectivamente por D. José María Mata, que acababa de desempeñar en los Estados Unidos el puesto de Ministro, y el General D. Ignacio Zaragoza que acababa de darse á conocer mandando los ejércitos de la frontera. González Ortega procuró dejar la cartera de una manera ruidosa para hacer públicas sus desavenencias con Juárez y pensó dirigirse á Zacatecas para trabajar por su candidatura á la presidencia de la República.

Al instalarse el 2º Congreso (9 de Mayo) se formó nuevo Gabinete, en el que tuvieron las car-